

ROSA FERNÁNDEZ-ESPARTERO
Y GARCÍA CONSUEGRA

Aún por la década de los años cincuenta-sesenta se realizaban una serie de formalidades previas al compromiso de una pareja. Costumbres y usos que habían estado vigentes durante siglos.

A partir de aquellos años muchas de esas costumbres se relajaron y fueron decayendo, obligadas sin duda por los rápidos cambios y las nuevas formas de vida. Una de ellas era lo que se denominaba pedir el paso.

Cuando una pareja llevaba un tiempo de "noviez" (que muy bien podían ser varios años) y se consideraba ésta como estable, con visos de llegar a ser algo serio, el novio pedía "el paso"; es decir, hablaba con el padre de su novia y le solicitaba permiso para visitarla o esperarla en la casa, en lugar de hacerlo en la calle.

"Anda "veste" que es tarde,
sol de mis soles,
que está al llegar mi padre,
y no quiero sones".

El hecho era simple pero requería meditación, estar seguro de uno mismo (de lo que se pretendía) y de una dosis de valor o atrevimiento responsable por parte del enamorado galán. Si además se avecinaba el invierno y con ello el frío, era sin duda una buena razón de más para decidirse.

La idea estaba clara: el diálogo ensayado y el convencimiento pleno. Como la pareja llevaba hablando un tiempo, el novio conocía al dedillo las horas en que el padre de su novia salía o entraba en su casa. Entonces, aprovechaba el momento oportuno para

abordarle y hablar con él de hombre a hombre, con formalidad.

"A amante que no es osado, dale de lado .

Durante una breve conversación entre ambos, el joven se presentaba diciéndole que era el novio de su hija (cosa que de sobra sabía el señor). Le hablaba de sus buenas intenciones, de su situación, su honradez y del fin al que aspiraba: convertirse con el tiempo en marido fiel y respetuoso de su hija, y le pedía permiso para poder visitar a su novia en la casa. Si al padre su futuro yerno le parecía bien, le concedía "el paso".



Pareja de novios hablando en la puerta de la casa de la novia. 1965.